

**CALLES DE RUTINA, TASCAS Y SANGRE
(TÍTULO PROVISIONAL, NO OLVIDES CAMBIARLO)**

Mario Morenza

Instituto de Investigaciones Literarias – UCV

Ciudades Caracas (esta sección no más de dos páginas, colocar subtítulos)

El pasillo de la Escuela de Letras UCV alojó los primeros pasos de nuestras ficciones. Allí nos despojamos de las escamas de la adolescencia y empezamos a ser adultos, a saber un poco más de la realidad. Pisamos la rampa de la escuela por primera vez entre los octubres del 2001 y 2003, cuando la historia de Venezuela parecía que se resbalaba hacia un precipicio, aunque esto no es un rasgo determinante. El país, de todos modos, en cualquiera de sus épocas, amagó con probar la factibilidad de las leyes de Newton: nunca faltó una manzana podrida, siempre ha habido algo podrido. Nos tocó lidiar con los temblores políticos de aquellos años, fijar posición y lecturas, amores y desamores. Allí, en esa madriguera, comenzó nuestra vida literaria¹ mientras nos fugábamos un poco de las realidades para adentrarnos en la lectura del alma de personajes homéricos o shakesperianos, que es al mismo tiempo leer y releer la sensibilidad humana.

En una clase en Letras UCV, quizá en el salón 205 o 208, cuando estaba en segundo semestre, escuché decir al profesor Alejandro Oliveros que los grandes autores, las grandes literaturas, surgían en países que habían padecido momentos amargos, entre la sangre y la miseria, entre la desolación y la desesperanza. En esta primera década del Siglo XXI, Venezuela conoce mucho de eso. Las estadísticas desgajadas de esa sangre y de esa miseria recuerdan a la de un país en guerra. A veces, cuando escribo en las noches o simplemente reviso el Twitter o Facebook, escucho ráfagas de disparos como un certificado sonoro de lo informado por la prensa. El silencio de la noche los exhibe con absoluta fidelidad, sin censura, sin importar que el fuego esté a dos calles o al otro lado de la montaña, territorios

que se distancian de Coche, que pertenecen a la parroquia La Vega, pese a esto, los caraqueños sabemos que los límites entre un municipio y otro no importan mucho, Caracas es una y la misma y sus divisiones solo aparentan su esencia de papeleo y burocracias. Sabemos que las balas no tienen jurisdicción. Una bala detona, quiebra la tranquilidad y alguna ventana o alguna carne, y es el indicio de que más allá de nuestro espacio literario se desata una breve batalla: otros oprimen con sus dedos gatillos, mientras nosotros, a medias protegidos, a medias temerosos, con los nuestros pulsamos teclas o los cruzamos. Cumplimos ese supuesto deber innato de todo ciudadano, estar tranquilos.

Si nos detenemos en la miseria, una imagen icónica es La Torre de David. Se trata del edificio más alto del mundo destinado para refugiados, familias en “pobreza extrema”, como diría un periodista, e indigentes –de ahora en adelante los llamaré *ex hombres*, como tal, un indigente es la reacción primitiva del hombre contra la barbarie de la civilización. Combina la opulencia de un pasado saudita con el estallido financiero de los noventa: de esa mezcla solo se podía originar un rascacielos inconcluso de finales de siglo: hoy: un albergue de cientos de personas. Detallarlo desde las aceras de La Candelaria nos figura una idea de cómo vive un porcentaje notable de venezolanos. La torre, en (in) ciertos niveles, está exenta de muros, así miramos dentro de ella, como si se tratase de un corte transversal. Irónicamente –en una ciudad de ciudades son muchas las ironías– descubriremos innumerables antenas de DirecTV posadas en las ventanas como abrumadores insectos tropicales. Cerca de la plaza de los museos encontramos esta especie de museo del submundo, que nos conmueve y amilana, y que por su tamaño nos hace sombra.²

Cualquier rincón de Caracas tiene un rastro de todos sus males. Nuestro subterráneo promete personajes de circo como historias con calidad de importación hacia la narrativa, mientras tanto, escucharemos por los parlantes el último eufemismo de los redactores del Metro de Caracas (no sería descabellado promover la candidatura de esta institución al Guinness como la que ha creado más eufemismos). Elijamos al azar cualquiera de las estaciones del Metro. Veremos cómo mendigos se turnan para pedir limosnas. Veremos a personas exponer sus biografías de penurias. Veremos cómo enfermos o familiares de enfermos limosnean para comprar medicinas impagables. Veremos a artistas posmodernos rapear como Cindy la Sindiente. Con todo y eso, debemos precisar la actitud de los vigilantes: te tratan, te miran, te hablan, con la jactancia de una deidad inmortal: es un mal asentado en Venezuela: cualquiera con un grano de poder se vuelve un dictador de sus comarcas, un cancerbero fascista de película distópica.

A todas estas, Alejandro Oliveros tiene mucha razón. Admito la sabiduría y la exactitud social en sus palabras. Aun así, me atrevo a decir que Venezuela, hasta con la bestialidad criminal y los problemas sociales, nuestra narrativa goza de buena salud. Se escribe, se publica, se lee, se reedita (hasta dónde se puede). Al menos, con respecto a la edición, así fue hasta 2009, 2010, cuando la

economía del país se desplomó. Para el momento en que redacto estas páginas –comienzos de mayo de 2013–, el papel está tan escaso que al Gobierno le tocó protagonizar un hecho tan inconcebible como inédito, un episodio digno del teatro del absurdo: se vio obligado a importar cincuenta millones de rollos de papel toilette (a razón de 1,66 rollos por persona). Asimismo, sin salirnos del mundo irrazonable, hay tiempo y cabeza para leer, para meternos en el mundo de la ficción. El país se cae y, curiosamente, de esa caída surgen ideas para escribir. Es común escuchar en las tertulias frases como estas: “voy a escribir un cuento sobre esto” o “escribe un cuento sobre lo otro”.

La ciudad es un tema neurálgico en la narrativa de comienzos de siglo. Es un espacio que destila violencia y desgobierno. Quizá hemos hallado en la escritura de ficción un método poco convencional para explicar los misterios de la vida caraqueña. La escritura de ficción es una máquina para decodificar lo que ocurre allá afuera y, en consecuencia, en el espacio interior de los venezolanos. De seguir por este camino, los estudios de campo serán llevados a cabo por narradores. En ese futuro, ya prescindiremos de resmas tamaño carta. La suerte del papel es incierta. La escasez de hoy presagia su extinción. Si para la humanidad el agua es el oro del tercer milenio, el papel (sobre todo el toilette) sería el diamante.

Caracas es una ciudad a la que poca gracia le hace ser definida, encasillada. En Caracas conviven muchas ciudades. La Caracas Deportiva: caminamos la ciudad y es frecuente distinguir maratonistas que luchan contra la arterioesclerosis sumando kilómetros, ciclistas que dan una lección de cívica y urbanismo a los motorizados y gimnastas que ejercitan sus músculos con la ayuda de cualquier banquito de plaza. La Caracas Verde: El Ávila, los parques, el Jardín Botánico, la Universidad Central de Venezuela. La Caracas Asfaltada: en ella habitamos gran parte de nuestras horas ciudadanas. El tráfico es sinónimo de espera, de detenimiento. Gracias al exceso de vehículos y a la parálisis cerebral del gobierno para resolver problemas, transitar la ciudad se ha vuelto insufrible. Estos espacios dispuestos para el fluir han devenido en industria del estrés: en más de una ocasión los conductores están tentados a oprimir el botón de la bocina, en las otras oportunidades lo oprimen. No se hacen extrañar los insultos. Los motorizados, y con toda la razón, se han adueñado de esa categoría de villanos: una moto por sí misma no hace daño, un individuo con casco en mano por sí mismo, es inofensivo. La combinación de moto + individuo en movimiento acelerado uniforme causa la repulsión de choferes y peatones. Nos alivian las aceras y su cirugía botánica: casi todas tienen árboles trasplantados.

Nuestra ciudad es una pulsión de narrativa kafkiana: en lugar de anudar tramas las enreda de tal manera que es imposible hallar un desenlace. Aunque no soy amigo del término “narrativa urbana”, en nuestro mundo literario se ha acuñado como bandera de una generación. La ciudad ha tenido tanta presencia en la ficción venezolana que se ha convertido en un género literario. Quizá nuestros narradores, para aprovechar el tiempo que pasan en el Metro o en las autopistas, se dedican a avanzar en sus historias. El tráfico es una extensión

a gran escala de nuestros escritorios. Por lo tanto, su papel en la ficción se proclama como un rol protagónico.

Es determinante la influencia de la ciudad, de mis espacios, los íntimos, los públicos, los extraños, los públicos. La ciudad puede ser vista como otro libro más. Un tomo de bolsillo: a cualquier lugar que mires, la ciudad está allí. Ciertamente es un libro caótico al que le faltan muchas aceras en lugar de índices y lomos. Nuestros edificios tienen criterio narrativo. Cada uno es una letra. Cada puente, un paréntesis. Cada semáforo, una coma. Los motorizados serían los errores de imprenta.

Reconozco mis propios pasos por la ciudad. Una ciudad que he atravesado mil veces con mis pasos anónimos. Una ciudad que cada día te desnuda un rostro inesperado. Mi entusiasmo por recorrerla nunca se ha visto minado por la fatiga ni por la decepción. Caracas es una ciudad en la que literalmente no somos nadie. Es en sus aceras cuando más se fortalece nuestra identidad, nuestra humanidad. Dicen que ante los ojos de Dios somos iguales. En las calles de esta ciudad somos nadie. Caracas es la cueva del Cíclope en la que tenemos que buscar una salida y sobrevivirla sin ser devorados.

Caracas es una ciudad de siete millones de caminantes. La imagen de un hombre en el suelo rompe con ese paradigma. La ciudad es ciudadanos de a pie o a pie. Un hombre en el suelo anula la ciudad. O es un exhombre o es un cuerpo que ya no respira. La ciudad se hace de individuos detenidos, a la espera de algo, de un autobús de una cita, y de individuos en marcha. Seres erguidos, como sólidas torres. Cada paso trama un porvenir. Los ciudadanos avanzan en su odisea de regreso a casa.

He ido a pie siempre. Muchos de mis recorridos terminaron en la UCV. Pero olvidémonos del pizarrón, del pupitre y de las aulas. Me quedaré en el pasillo de esa escuela y con la amistad. Durante años, desde el 2001 hasta el 2008 fui estudiante –y lo seguiré siendo. Mis horas en el pasillo han sido tantas como en clases. La amistad equivale a un ansiolítico para poder soportar el peso de la ciudad debajo de nuestras suelas. Allí estaba nuestra guarida.

Cultivé amistades imperecederas. Algunos de mis hermanos de la vida escriben y han editado sus primeros libros. Es el caso de Hensli Rahn, quien en 2008 publica *Crónicamente Caracas*, colección de textos a caballo entre la crónica y el cuento, y finalista del concurso transgénico convocado por la Fundación para la Cultura Urbana. Este libro nos deja leer rincones de la ciudad poco transitados, pero que de tarde en tarde reaparecen ante nuestros ojos: las entrañas del Helicoide –otro edificio de la capital a medio construir–; hasta la rutina de hacer mercado en “El infierno con peces”.

Asimismo, fui testigo del crecimiento como escritora de Dayana Fraile. En 2011 aparece *Granizo*, ganador de la I Bienal Literaria Julián Padrón en 2010, libro que retrata cómo jóvenes lidian con las asperezas y desengaños de la vida, mientras escuchan a la banda Los perros robóticos. Hoy Dayana cosecha varios premios literarios: por ejemplo el concurso de cuentos de la Policlínica

Metropolitana en 2012 con su relato “Evocación y elogio de Federico Alvarado Muñoz”, y que seguramente aparecerá en su próxima obra.

Con Miguel Hidalgo Prince compartí miles de horas de conversaciones en el pasillo. Ya que somos vecinos, estas horas se hicieron extensivas a las camionetas que nos llevaban desde la plaza Las Tres Gracias hasta nuestros hogares en El Valle y en Coche. Siempre recuerdo sus primeros relatos con admiración, como si inclusive los hubiera publicado en su libro: “Como si no existiera nada después de la ceniza,”⁴ “Los durmientes” y “Dnang Pahn”, meritorios de pertenecer a cualquiera de sus próximos libros, el segundo se puede leer en *Quince que cuentan* y el tercero en blog El Apéndice de Pablo 2. En 2012 salió a la luz su esperado primer volumen de cuentos, *Todas las batallas perdidas*, una joya de nuestra narrativa de principios de siglo, respaldado con una serie de reconocimientos y premios literarios. Aquí se relatan las vidas o sobrevidas de personajes que luchan contra poderosas fuerzas invisibles que terminan por derrotarlos, sin embargo, antes de la última palabra, cuando vemos aproximarse ese definitivo punto final, estos héroes urbanos y profanos consiguen de la nada, o dentro de sí mismos, un estímulo que los ayuda a pervivir. De Miguel, igualmente, ya se adelanta la publicación de dos relatos que se incluyen en su siguiente libro de cuentos, *El rey de la pista*. Me refiero a “Mi padre el veterano”⁵ y “A medio camino”, publicados en de *De qué va el cuento y Prodavinci*.

Junto a ellos, durante estos años pasilleros, produje siete números de una revista blog que bautizamos como El Apéndice de Pablo. Allí colgamos nuestros primeros escritos. El grupo estuvo (o está, tenemos tiempo sin editar otro nuevo) conformado por Yoel Villa (quien ya ha publicado su obra teatral *Empous, el de los pies de asno*) y Ana Lucía De Bastos (quien espera la edición de su poemario *Y ahora, extiéndeme al sol*), José Daniel Cuevas, Annabel Petit y Alexis Pablo también publicaron los suyos, aunque se trata de autores parcialmente inéditos, darán de qué hablar cuando editen sus libros.

Y junto a ellos, hay otros narradores jóvenes que trabajan duro, en silencio y sigilo fervoroso.⁶ Pronto tendremos la oportunidad de leerlos, y después seguro nos tomaremos un café o una cerveza con ellos. (Siempre he dicho que mis escritores favoritos son mis amigos. Tengo la teoría de que si a uno le fascina conversar, compartir, pasear con alguien, seguramente lo que esta persona escriba a uno terminará por gustarle. Alguien decía que leer, o en nuestro caso, leerse, es hablar y escucharse sin ser interrumpidos. Cuando uno lee a otra persona se comparte un trozo del alma de esa persona. Un proceso similar se efectúa en las charlas, en las confesiones, en los chistes malos o elaborados. La dinámica social y literaria de estos tiempos permite que apenas uno termine un texto, pueda enviárselo por correo electrónico a otra persona para que esta lo lea, lo corrija, de su opinión, alabe o juzgue.)

Carlos Colmenares Gil y Ana García Julio, por mencionar a dos, son de estos otros autores que dan sus primeros pasos y de los que siempre estoy pendiente de leer. Ambos de la UCAB, y ya con libros publicados, *2009* (poemario) y

Cancelado por lluvia respectivamente. Carlos es psicólogo y podemos leer sus cuentos en algunas antologías. Ana es comunicadora y *Cancelado por lluvia* es un libro extraordinario que compendia breves narraciones de un humor elevado y aforístico.

Durante estos años dediqué mis días y noches y tránsitos a la narrativa. Este esfuerzo devino en dos libros. En ambos existe un juego de géneros. Su definición puede pasar por inclasificable. Es innegable que las obras de Enrique Vila-Matas, Javier Marías, Bernardo Atxaga o Juan Villoro influyó (influye) en mis creaciones. Me suscribo a la frase del autor de *Exploradores del abismo*: “la vida es una mezcla”. Quizá mi narrativa se adhiriera a esa definición. Así nacen paralelamente:

***Pasillos de mi memoria ajena*
(2003-2007)**

En el taller de narrativa dictado por Luis Felipe Castillo en 2004 empecé a darle forma a un puñado de narraciones. En este libro confluyen varios géneros: el cuento, el relato largo, la crónica, la escritura diarística, el ensayo. Su tema principal quizá sea la búsqueda de una voz. Es un libro que combina la autoficción con el relato breve: un joven escritor se inicia en la narrativa, se vuelve loco o hace creer que se vuelve loco, escribe un diario y escribe sus memorias, y la memoria de su familia. Con los retazos de todos esos géneros armé *Pasillos...* Mario Morenza es personaje. Un personaje que se encierra en su habitación para escribir sobre lo vivido y lo no vivido por él, episodios de una “realidad sospechosa” que intentan descifrar la relación de ese Morenza con el mundo. Este libro es un tributo a estos tiempos ucevistas, a mis lecturas, a ese tanteo que significó sumergirme en la ficción.

***La senda de los diálogos perdidos*
(2002-2007)**

De la misma manera, se trata de un tributo al edificio en el que vivo. Un libro que, al igual que *Pasillos...*, juega con los géneros. Puede considerársele simplemente como un libro de cuentos. Por iniciativa mía he clasificado a ambos como novelas de cuentos: dos obras estructuradas por breves episodios, que pueden leerse orgánica o independientemente, y en ocasiones se entrecruzan personajes y momentos. Este libro es deudo de *La vida: instrucciones de uso* de George Perec y de *Historias del edificio* de Méndez Guédez. Se narra la historia de cincuenta y seis vidas, a razón de una por cada apartamento, desde la de un neurasténico y aburrido adicto al hipismo que se cree conocer el alma de las personas con tan solo escuchar el ritmo de sus pisadas hasta la de un joven grafitero que dibuja el perfil de una chica persa para no olvidarla jamás en la pared lateral del Bloque 4.

Tiempos de ensayo (o crítica) (2009-2012) / Instituto de Investigaciones Literarias UCV

Los caraqueños tienen que resistirse a ser demasiadas cosas al mismo tiempo, como también soportar ser tan solo una o nada más que ellos mismos. Un poeta en Venezuela o un narrador es, ineludiblemente, alguien que realiza varios oficios a la vez. Es alguien que se dedica a la crítica literaria, o cinematográfica, o a la crítica de cualquier índole, a la docencia, a la investigación, a la edición, a la corrección y a sus tigres. Esta serie de tareas no me es ajena.

Durante estos años han convivido en mi rutina la escritura ensayística con la narrativa, siendo la primera la que más páginas he destinado. Al año siguiente de terminar pregrado, por el entusiasmo inyectado por Álvaro Mata y Erika Roosen, decidí cursar la maestría de Literatura Venezolana. Aproveché el dinero que me debía una agencia de publicidad para pagar el primer semestre.⁷

Muchos entramos a estudiar Letras con un único fin en mente: hacernos poetas o narradores. Los primeros son los más, quizá los estudiantes con aspiraciones ficcionales estén de segundos en este ranking. De terceros, aquellos que quieren terminar como periodistas.⁸ Puede que nos pase eso, pero en realidad, hemos asistido a un extenso taller de escritura ensayística. Allí se nos ha enseñado a cultivar la palabra, a reflexionar, a leer entrelíneas, a escribir con argumentos y, de paso, se nos ha hecho un recorrido por las obras cumbres de la literatura universal, latinoamericana y venezolana (aunque algunos personajes del chavismos aseveren que no se imparta nuestra literatura en las universidades del país).

Pues bien, al iniciarme en esta maestría manejaba todo lo que me enseñaron en la escuela de Letras que señalé en el párrafo anterior. No obstante, ignoraba todo lo que tenía que ver con metodología, y poco sabía de Literatura Venezolana. Problema grave. El primer semestre fue un periodo de adaptación. Era estar en otra dimensión de la literatura: su estudio sistematizado. Allí me enteré de qué iba un planteamiento del problema o el marco teórico.

Ya he concluido la maestría y, ¡quién lo diría!, para colmo doy clases. El nombre del curso tiene tantas palabras que bien podría sugerir llamarlo por sus siglas: “Taller de Metodología de la Investigación Literaria”, algo así como Tamil, nombre de ciudad hindú o de medicamento antiestrés.

Mi rol como investigador ha desarrollado mi manera de concebir la literatura. En pocas palabras, he madurado. Mi escritura se ha vuelto dilatada (apenas tres cuentos en tres años). Algunos ensayos, si no todos, los disfruté escribir como si se trataran de un relato. En una conversación con Ana García Julio llegamos a la siguiente analogía: un cuento es a una película lo que un ensayo es a un documental.

En el Instituto de Investigaciones Literarias todos los días es un taller de literatura y vida. Tengo el aliento presente de profesionales de la palabra. María Eugenia Martínez, nuestra directora, Rebeca Pineda Burgos, ensayista y como

he escuchado por ahí, poeta y narradora, de las que trabaja en silencio, sin alardes; Carlos Sandoval, mi tutor, el crítico y el novelista; María del Rosario Jiménez, nadie sabe más que ella de literatura oral (por ahí trabajo lentamente en un libro sobre el mito de los ovnis que le dedicaré), y por supuesto Ángel Gustavo Infante, gran narrador e investigador cochero.

Ya con dos libros de ensayo culminados: *Arcano íntimo* (aquí reúno siete textos sobre literatura venezolana) y *Las formas del espacio en la narrativa de Miguel Gomes* (mi tesis de maestría) y cuatro cursos de metodología, he tenido la osadía de inventarme un decálogo para compartir con mis estudiantes. También lo comparto aquí:

Decálogo del ensayista investigador literario

1. No plagiarás. Puedes engañar todas las veces a la mitad de los lectores, o a todos los lectores la mitad de las veces. Nunca, a todos los lectores todas las veces.
2. Sé claro, sencillo y profundo en tu prosa. Si esa vecina que se molesta por el volumen de la música cada vez que organizas fiestas es capaz de entender tu argumento, significa que has llegado a dominar tu tema de investigación.
3. La investigación en la literatura se lleva en el corazón para desvelarte noches y noches por ella, no en los labios para presumir en los congresos de los artículos que has publicado y de tus alocadas asociaciones de literatura comparada.
4. Antes de elegir un objeto de estudio hazte la siguiente pregunta: ¿estare dispuesto a pasar al menos seis meses en esta investigación, como bien lo dice Umberto Eco en *Cómo hacer una tesis?* Si la respuesta es negativa, no lo hagas, simplemente olvídala y dedícate a otra cosa. Si es afirmativa, adelante, siéntate a tu mesa, enciende tu máquina, abre un nuevo documento Word y empieza a escribir así sean garabatos y frases inconexas. Si nada llega a tu mente, entretente con Buscaminas. A veces encontrar las palabras es como este juegoito: hay unas que funcionan y otras dinamitan el texto.
5. El autor o los autores que has elegido estudiar son tus dioses. A ellos debes honor y reverencia. Tu tesis, por lo tanto, debe estar bien escrita, un error equivaldría a un sacrilegio, una referencia inexacta, a una variante del pecado.
6. Tener presente las palabras del crítico y narrador venezolano Carlos Sandoval: “cualquier tema en Literatura es susceptible de estudio”. Así que no temas a desarrollar ese objetivo que tienes en mente por muy volado que parezca.
7. No es una recomendación, es un deber irrevocable, pleno como la luna llena, que antes de emprender la escritura de una tesis realices la lectura de al menos el 98.5% de la obra del autor a estudiar, así solo analicemos una de sus obras.

8. Ten fe en tu labor de investigación literaria. Aunque a veces es saludable, como diría Augusto Monterroso, dudar en lo que crees y creer en lo que dudas. Toda investigación nace, de hecho, de una duda, de un vacío, de alguna oscuridad que nos perturba.

9. En tus manos no tienes la verdad, pero sí tienes la posibilidad de alcanzar una de las miles de verdades que pueden surgir de una investigación. Mi poca experiencia en los estudios literarios ha sido suficiente para saber que nadie en literatura es portador de la última palabra. Pocas o ninguna pudieran jactarse como lecturas definitivas. Las épocas y los hombres cambian sus ideas, rejuvenecen cada tanto tiempo su percepción del mundo, pues este también es un ente inconstante. Siempre he tomado esta frase de un científico alemán como mi única verdad: “La única ley en el universo que no cambia es aquella que dice que todo cambia”.

10. Hay dos formas de aprender: con lo que te emociona o conmociona. Para enseñar también son las mismas. Nuestro ensayo, nuestro trabajo de investigación, de alguna manera para transmitir lo que hemos descubierto, debe emocionar, conmover a sus lectores, seguramente futuros ensayistas si no es que ya lo son. Nuestro trabajo es de creación, hasta podemos decir que es poesía, una extraña poesía en prosa con citas APA. Pero acaso, ¿la poesía y la física no tienen un mismo objetivo general en común? Descubrir los misterios del universo.

Regreso a la narrativa: La verdad de las gacelas (novela de novelas cortas)⁹

Si en mis libros anteriores hablaba de los pasillos de la memoria, o de la vereda en la que coinciden vecinos bizarros, en este tercer libro hablaré de otra estructura para caminar: las calles de la ciudad. Y, sobre todo, hablaré del miedo. Es un libro sobre el miedo. Los detectives, los ucevistas que hacen kung fu, los liceístas, los profetas, la familia de motorizados, los ex hombres que habitarán en estas páginas, tienen más miedo que otra sustancia química o emocional en su cuerpo. El miedo los define, pues conduce sus acciones, sus verbos y carnes. Hasta entonces, he publicado dos relatos largos (o novelas cortas, siempre la inclasificación): “Paula Torres Miranda” y “La verdad de las gacelas”. En los próximos meses corregiré otro relato, que de cuento largo pasará a novela corta oficialmente, e iniciaré la redacción de los otros cuatro textos que conformarán el libro. Mientras tanto, caminaré la ciudad.

Y por qué diablos amo a Caracas, me cuestiono cada vez que llego a casa en las noches después de caminarla. Ya han sido testigo de cómo la sobrevivo. Sin embargo, siempre de la nada o de sus esquinas encuentro una razón para no huir de ella y seguir siendo feliz, así sea con el murmullo de los árboles, o los ladridos de los perros como lúgubre declaración nocturna, o la sacudida seca y mineral que se emana de una lata de Polar Pilsen cuando se abre al tiempo que la alzo como un trofeo para brindar por la vida y por la amistad, aunque nunca hablemos de eso.

Uno anhela y necesita rutinas. La rutina es el colchón de la escritura. En la rutina descansamos un poco la mente. La del café, la del almuerzo con los profes del Instituto o con la novia, la del abigarrado tráfico, la de meterse unos minutos en Twitter para saber cómo van las cosas en el mundo, la de ir a comerse un dulce a las cinco de la tarde en la panadería que queda a dos cuadras, o, simplemente, la de irse a una tasca donde antes de sentarte a la barra ya te ponen tu bebida predilecta. La rutina es un tiempo que corre paralelamente a la escritura. La necesitamos. Ese roce con la realidad inclasificable. La vida es una mezcla. Y en mi caso, me toca mezclar rutina con escritura.

NOTAS

1 He aquí una contradicción. Estoy seguro de que mi vida literaria comenzó mucho antes. Una tarde cuando le confesé a mi papá que quería ser escritor, que quería escribir como Otrova Gomas. Él me dio un impostergable consejo: “Tienes que echarle bolas y leer mucho”.

2 Es el tercer edificio más alto de Venezuela: los dos primeros son las torres gemelas de Parque Central: una de ellas se incendió hace nueve años y aún continúan reparándola.

3 (CONCLUIR, Mario, con una escena conversada con Ángel Gustavo Infante, en el ascensor del edificio de postgrado, hablan de Coche, la parroquia que nos ha visto crecer).

4 Inédito y quizá extinto, aunque sobrevive en una impresión que yo le hice y guardo celosamente, no vaya a ser que al autor se le ocurra hacer con el relato lo que anuncia el título, apuesto que en algunos años la substaré si los sueldos para la educación superior siguen tan inferiores al salario mínimo).

5 Antología compilada por Carlos Sandoval lanzada al mercado hace pocas semanas y que reúne a cuarenta narradores que publicaron por primera vez en este siglo.

6 Buscar otro adjetivo, no olvides.

7 Sí, también fui publicista durante dos años. Durante los tiempos muertos escribí y corregí y reescribí *La senda de los diálogos perdidos*.

8 Pero el tiempo les hará entrar en razón y saber que el pensum de Letras los hará mejores periodistas y optarán, previa discusión con sus padres, por no cambiarse a Comunicación Social.

9 Un poco de promoción no vendría mal. Recuerda no mencionar el título de futuros cuentos, es pavoso.